

Cifras imaginarias de la inmigración limítrofe en la Argentina*

Sebastián F. Bruno**

Cifras migratorias en foco

“Los extranjeros que invaden en silencio la Argentina ya son más de 2 millones”, “hay 3.300.000 inmigrantes de países limítrofes y del Perú”, “más de 750.000 extranjeros viven hoy ilegalmente en el país”, “Bolivianos en la Argentina [...] son entre 1,5 y 2 millones”, “[los bolivianos] son aquí más de un millón de personas y casi dos millones contando a sus descendientes”¹. A través de medios masivos de comunicación se “informa” e instalan diferentes cifras respecto de la presencia limítrofe y peruana en el país. Todas ellas remiten a proyecciones agigantadas del fenómeno, que por fuerza de la repetición y el poder de objetividad de las cifras en los imaginarios sociales terminan fortaleciendo a estas en un status de “hecho de la realidad”, “verdad instalada”. Las discusiones sobre las migraciones y los migrantes variarán de acuerdo a los presupuestos e intereses políticos de los sectores sociales e institucionales en pugna, pero existe un consenso tácito de aceptación de cifras magnificadas.

En primera instancia, el problema de las cifras exhibidas y repetidas es su distancia con las fuentes de datos. Para fines del 2001, el Censo de Población registró poco más de 923 mil migrantes limítrofes (de los cuales 233.464 eran bolivianos y 325.046 eran paraguayos, dos de las colectividades más estigmatizadas), agregándose 88.260 peruanos residiendo en la Argentina². Sin embargo, el sentido de este escrito no procura expresar la posición de viudez de la demografía positivista, sino que intenta desentrañar claves de la distancia perceptiva (Mármora, 2002) entre el fenómeno (demográfico) y los imaginarios colectivos. Los efectos de la instalación de flujos migratorios imaginarios tienen efectos prácticos en la política migratoria; las presiones en y hacia el Estado basadas en una sobredimensionalización del fenómeno afectarán el contenido de estas y por ende tendrán repercusiones en la vida de los extranjeros tanto en el trato institucional como en la inserción en la “sociedad receptora”.

En el intento de transicionar el “problema social” (Lenoir, 1993) hacia el objeto sociológico, se establecen dos interrogantes de interés ¿Desde dónde se origina esa imagen agigantada del fenómeno migratorio, representada en cifras alarmistas y generalmente millonarias? ¿Por qué los actores sociales en pugna exhiben y/o acompañan esa imagen magnificada?

Los migrantes limítrofes en la construcción de la otredad

Antes de iniciar la caracterización de los migrantes limítrofes como componentes de la otredad, se deja constancia que la mirada aplicada tiene como horizonte el área metropolitana de Buenos Aires. La construcción de clasificaciones y adjetivaciones provienen del entramado cultural de dicha área urbana, como también las manifestaciones recogidas de los medios masivos (dedicadas al ámbito nacional, pero generadas en la ciudad). Es muy probable que en ciudades más cercanas a la frontera el relacionamiento con el extranjero cercano se establezca

* Una versión de este artículo se presentó en las VII Jornadas de Sociología, Buenos Aires, noviembre de 2007

** Lic. en Sociología (UBA). Investigador de la Facultad de Ciencias Sociales (Universidad de Buenos Aires). E-mail: heavy@mail.fsoc.uba.ar

bajo otros códigos, ya sea por la contigüidad cultural que omite el trazo fronterizo como la historia regional compartida.

Al delinear una genealogía de la discriminación en Buenos Aires, Margulis y Belvedere (1998) hacen notar una correlación entre el lugar de los sujetos en la estructura social y el color de la piel. A partir de hecho, se proponen una deconstrucción histórica de las jerarquías histórico-sociales y de los códigos simbólicos que demarcan los límites donde se ubicarán subordinadamente quienes se alejen del modelo racial europeo.

Los autores consideran que el proceso histórico testimonia la continuidad en la constitución de otredades subordinadas, cuya génesis está fijada en el sistema de castas colonial. Dicho sistema estableció una jerarquía que tenía como cúspide a los blancos europeos, seguido por los criollos subordinados en estratos y en la base se ubicarían subestratos a la población indígena, negra y mestiza. La organización política, social y económica tenía como pilar esta jerarquización y la población subordinada tenía un papel muy acotado como sujeto de derecho, cuando no recibiendo un tratamiento como objeto económico. Las razas inferiores eran marcadas identitariamente de manera descalificadora, desprestigiada y con valores negativos adosados.

La transición política y social poscolonial supuso un pasaje de la población subordinada hacia un segundo proceso de aculturación (asumiendo una primera etapa que suprime las culturas originarias y negra para pasar a la de castas-colonial), donde se fortalece una identidad de clase social explotada -particularmente peones de la matriz societal de la estancia y hacienda- sobre los basamentos étnicos que le dan origen. La vinculación del origen étnico con determinados trabajos no es privativa del período sino que se consolidará posteriormente con migrantes de distintos orígenes en diferentes etapas³.

El proyecto de país concebido por las elites gobernantes, expresados más lúcidamente por la generación del '37 y consolidado por la generación del '80, conjugaba la disponibilidad de tierras fértiles que requerían fuerza de trabajo y el establecimiento de bases sociales que desemboquen en una organización económico y social moderna. La noción de modernidad estaba lógicamente asociada al modelo europeo y se pensaba a través de esos cánones. La inmigración se presentaba como la solución posible, operando como “trasplante” de los sujetos en tanto fuerza de trabajo como también portadores de la cultura (del trabajo y de las costumbres) deseable⁴. En ese sentido, la apreciación de la potencial inmigración europea estaba enfocado en lo que Mármora denomina la visión xenofílica, la cual traslada las virtudes globales de los países a las personas. Las poblaciones originarias estaban descartadas para encarar rol histórico proyectado, la frase de Alberdi es taxativa al respecto: “el peor inmigrante europeo es preferible al mejor aborigen”. Los intelectuales y líderes políticos del siglo XIX comulgaban con las ideas racializadoras de Europa, asociadas al “cientificismo determinista, el darwinismo social y el positivismo” (Margulis y Belvedere, 1998:103). El proyecto inmigratorio europeo se transforma en un imperativo constitucional en 1853, quizás la expresión más acabada de este proyecto poblacional.

Para desgracia de la elite, la población inmigrante europea provenía de las regiones más menospreciadas de aquel continente: españoles, italianos, junto con rusos y polacos. Turcos y sirio libaneses estaban en un escalón más abajo. Aún así, las transformaciones operadas por la inmigración trasatlántica al país modelaron notablemente en la conformación poblacional y cultural. Buenos Aires se erige en epicentro receptor de aquellos flujos migratorios. Sin embargo, la inserción no está exenta de tensiones, los llegados tienen que adaptarse al espectro de ofertas laborales y posibilidades residenciales inicialmente acotadas. El origen europeo no los exorciza de las calificaciones despectivas; “gallegos” y “tanos”, como por otra parte “turcos” (como aglutinante de poblaciones árabes) y “rusos” (eufemismo

de la población judía) son descriptos genéricamente como ignorantes e incultos⁵ entre otros adjetivos. La introducción de ideologías anarquistas y socialistas y las prácticas de lucha - también “trasplantadas”-, hacen emerger nociones xenofóbicas, generando la división, en los imaginarios dominantes (como ya se había hecho con otras poblaciones subordinadas) entre el “mal” y el “buen” migrante.

Lo antedicho no fue un escollo a la instalación imaginaria de la Argentina (y particularmente Buenos Aires) como enclave europeo en América latina. Los europeos de segunda selección eran fusionados por la operación simbólica del crisol de razas, a partir de la cual se reconoce un (heterogéneo) origen inmigratorio que es homogeneizado a partir de las combinaciones nupciales y los dispositivos estatales de escolarización y cumplimiento del servicio militar obligatorio. La población originaria se diluye (como también se asume la inexistencia de población afrodescendiente) en un blanqueamiento por medio de categorías inespecíficas como la “tez trigueña” en documentos oficiales, escolares y registros censales.

La (re)irrupción simbólica de la población con las marcas del mestizaje se dará en el marco del proceso migratorio de las provincias hacia Buenos Aires. Habiendo disminuído la afluencia migratoria europea y con las necesidades de mano de obra industrial en el marco del proceso de sustitución de importaciones, las décadas del '30 y '40 se caracterizaron por la venida de contingentes migratorios expulsados por la retracción de las economías regionales y las posibilidades laborales en la gran urbe. La entrada en escena del peronismo supuso un gran golpe al mito de la ciudad blanca-europea; el impacto simbólico de la movilización del 17 de octubre de 1945 puede ser tomado como el gran hito en ese sentido. Dichos contingentes fueron caracterizados despectivamente desde la elite (acompañada por los estratos medios), marcándolos con metáforas denigrantes, como “aluvión zoológico” / “cabecitas negras”; lo cual retoma adjetivaciones asociadas a la subhumanización del otro o al menos al lugar subordinado en la jerarquización propia del siglo XIX. Percibido el peronismo como invasor en el campo de la política y la ponderación que este daba a las expresiones populares, realimentaron los lineamientos de una mentalidad defensiva (Buchrucker, 1999) experimentada por las élites en épocas pasadas (particularmente con el “peligro rojo”). En este caso se enfocaba al otro cultural, no marcado en su condición de extranjero, pero si como alterador del orden(amiento) social.

La dinámica poblacional hacía que los migrantes limítrofes tomaran los puestos de trabajo en las provincias de origen de los migrantes internos. Si bien el relacionamiento poblacional de las provincias y los países limítrofes tienen una historia extensa, el fenómeno de la sustitución de la mano de obra es característico del período (Balán, 1985), que se extiende hasta el colapso de las economías regionales hacia fines de la década del '60. A partir de los setenta Buenos Aires se caracteriza por ser el destino hegemónico de las migraciones limítrofes, por lo que si bien en términos relativos los migrantes representan una misma proporción de la población total, ha operado un cambio en sus patrones de residencia. La presencia en Buenos Aires los hace “visibles”, particularmente en nativos de países el componente indígena tuvo más presencia en la conformación étnica de la población. Nuevamente se hace presente el otro cultural, con el agregado del origen nacional que permite dar vía a una expresión de rechazo xenofóbico, el cual usa la máscara de defensa de “los nuestros” contra la “invasión extranjera”.

La otredad agregada: el crisol migratorio

Lo desarrollado anteriormente hace cobrar sentido al concepto utilizado por Margulis (1998) para describir el proceso de estratificación social a través de la historia: la racialización de las relaciones de clases. Según esta idea, en Buenos Aires la discriminación, exclusión y rechazo están orientados a aquellos que detentan determinados tipos de características corporales (propias del mestizaje de América latina), origen migratorio (límitrofes y del “interior”), ubicación desventajosa en las posiciones de clase y formas culturales.

Quienes se encuentran en posición desventajosa de acuerdo a estos criterios clasificatorios sufren una serie de restricciones que inciden en el acceso al trabajo (y a determinados puestos), como también al establecimiento residencial. La retroalimentación de las clasificaciones cierran un círculo a partir del cual la pertenencia a estos grupos condicionan la inserción al trabajo y más aún a condiciones de trabajo formal; lo cual incide (negativamente) a las posibilidades del acceso a una vivienda digna. La informalidad dificulta el acceso al crédito y las dificultades de recursos sumadas a la pertenencia identitaria opera negativamente en el mercado de alquileres. El resultante se expresa en términos de segregación espacial, siendo que los espacios disponibles coinciden con las zonas marginales de la ciudad y sus afueras. Esta inserción espacial operará nuevamente como condicionante para el desarrollo y movilidad de la vida económica y social (siendo los habitantes de las “villas miseria” el caso paradigmático de residencia precaria).

Es interesante destacar como opera el agrupamiento de esta otredad basada en el cuerpo, clase, cultura y condición de extranjería. Margulis da cuenta de la fusión de los extranjeros límitrofes con los migrantes internos, a quienes se les aplica el mismo rechazo xenofóbico que a los migrantes límitrofes. La similitud de apariencia y códigos culturales compartidos los hace objeto del mismo tratamiento. El rechazo (y sus manifestaciones de distinto grado) está orientado hacia el otro. En la mirada porteña, la condición de extranjería es atribuida aún a quienes comparten el mismo origen nacional (el hecho de ser argentinos nativos), mas no cultural. Los significantes “bolita” o “paragua” son utilizados como eufemismos de diferenciación a partir de un criterio de nacionalidad, pero operan como máscara de rechazo cultural. La dinámica de los códigos culturales hizo caer en desuso (o más bien en lo políticamente incorrecto) las categorías raciales, por lo que son reemplazadas por categorías que responden a la nacionalidad. Sin embargo, eso supone un concepto dual del “nosotros”.

En la mirada del grupo de nativos de la ciudad, herederos del mito del enclave europeo, ¿considera dentro del “nosotros” a los connacionales de las provincias que limitan con los países límitrofes? ¿los incluye en las apelaciones en la defensa de “lo nuestro”? El trato en común aplicado a los migrantes (límitrofes e internos de provincias cercanos a los países lindantes) revela el carácter meramente retórico de los discursos y reforzaría la hipótesis de la mirada homogeneizante. Al poseer mayoritariamente inserciones laborales similares y cohabitar en las mismas zonas⁶ (sumada a la ya mencionada “apariencia en común”), refuerzan esa idea de conjunto común; los que en la retórica son parte del “nosotros” en la práctica se insertan en el conjunto de los “otros”.

Llegado a este punto, vale reflexionar sobre lo expuesto de acuerdo a la pregunta inicial sobre el origen social de las cifras migratorias. Si para esta mirada homogeneizante, el boliviano o paraguayo (y a otras nacionalidades que posiblemente entrarían en el ranking de otredad mestiza) es no sólo el nacido en esos países, sino también sus hijos y nietos (argentinos -y porteños- de nacimiento, pero extranjeros en lo cultural); a quienes se le agregarían aquellos migrantes de las provincias cercanas a aquellos países (con sus hijos y nietos marcados étnicamente) y todo aquel que comparta rasgos y hábitos, entonces estamos hablando de un “stock” mucho más abultado. El hiato entre la estadística censal y las cifras

imaginarias que deja absorta a la mirada demográfica tiene su interpretación en el análisis del campo cultural.

Los migrantes y sus adjetivaciones en los últimos años

La hipotetización sobre los orígenes sociales de las cifras magnificadas se interpretan en su vínculo con el tratamiento del fenómeno migratorio en el marco de los procesos generales sufridos por la sociedad en los últimos años. La vinculación entre el “aumento” de los flujos inmigratorios con las tasas de desocupación es uno de los ejes centrales de la construcción de la migración como problema. Szulik y Valiente (1998), dan cuenta de los discursos que interpretan el aumento de la desocupación y la presencia migrante, tanto de la explicación oficial como en la retórica sindical. A partir de los primeros efectos estructurales de la convertibilidad en el empleo, se instala con fuerza la asociación del migrante como competidor desleal, usurpador de las fuentes de trabajo e invasor. De esa manera se constituye como el chivo expiatorio cercano. La perversión del discurso oficial y sindical se vale de los prejuicios instalados históricamente para hacer a los migrantes responsables del desempleo, generando mayores expresiones de rechazo de la sociedad hacia los grupos migrantes⁷.

El devenir de la relación entre los “flujos imaginarios” y la coyuntura económico-social es analizada por Grimson (2006) bajo la sugerente hipótesis por la cual el cambio no se dio en los migrantes sino en la Argentina. Para el autor, las transformaciones en el mercado laboral de los últimos tiempos alteraron el horizonte laboral de los nativos, haciendo que estos últimos acepten y deseen puestos de trabajo anteriormente rechazados por su precariedad, flexibilidad y baja remuneración. Según ese trabajo, el foco de la primer oleada de discurso xenofóbico (ubicada a mediados de la década del '90) tuvo como eje el mercado de trabajo. Unos años más tarde, hacia fines de la década, el eje de la retórica xenófoba girará en torno a la cuestión de la seguridad⁸. La Policía Federal y las autoridades de la Dirección Nacional de Migraciones exhibieron cifras sobre la participación de extranjeros en delitos, buscando adosar al chivo expiatorio la problemática de la seguridad, desdibujando la vinculación entre la problemática de la seguridad urbana con el proceso de desigualdad social y violencia institucional experimentado a raíz de las políticas aplicadas en los '90. No importa que el análisis profundo de las cifras exhibidas concluya en la falacia de presentar información de detenciones y no de condenas (teniendo en cuenta la discrecionalidad de la Policía en las detenciones bajo figuras ambiguas). El impacto y la absorción social de la discursividad oficial (ayudada por la oficiosa prensa afín ideológicamente) encuentran el territorio allanado por los estigmas que ya llevan a cuestras los migrantes.

Este complejo discursivo adosó a los migrantes limítrofes una amplia colección de adjetivos y de marcas negativas que recorren la “mala incidencia” de aquellos en la vida social de la ciudad. El carácter subhumano, peligroso, invasivo está presente en la prensa de la época. Quizás una serie de frases extraídas de uno de los artículos más selectos de la época - “La invasión silenciosa” (Pazos, 2000)- sean ilustrativas en este sentido: “Los extranjeros ilegales son más de 2 millones. Les quitan el trabajo a los argentinos. Usan hospitales y escuelas. No pagan impuestos. Algunos delinquen para ser deportados. Los políticos miran para otro lado”, “según el ex director de la DNM cada año salen 100 millones de dólares [en remesas]”; “[en las escuelas] no hay vacantes para argentinos”; “En los hospitales públicos los inmigrantes les quitan el turno a los argentinos”; “Es común que vivan 35 en una sola pieza”.

La situación postcrisis hizo, según la lectura de Grimson, que la sociedad se replantee su imagen de sí misma. La aceptación de los efectos perniciosos del modelo de

convertibilidad hace alejar el rol de los migrante como chivo expiatorio; lo que tampoco significa la desaparición de los estigmas y discursos xenofóbicos. La historia de los discursos y las políticas migratorias exigen adoptar una posición mesurada respecto del poder de transformación de las representaciones del otro migrante. En cuanto a la información disponible sobre la inserción laboral de estos en el mercado de trabajo durante el período postcrisis (Maguid y Arruñada, 2005), los migrantes (internos y limítrofes) fueron quienes más sufrieron el deterioro en el acceso y en las condiciones de empleo. Aún en el contexto de crisis general, el impacto fue mayor en estos sectores socialmente desfavorecidos.

Los actores sociales y las cifras

Habiendo dado una interpretación a la construcción social de las cifras imaginarias, queda pendiente el interrogante sobre el consenso relativo⁹ de estas por parte de los actores sociales que intervienen en la discusión sobre las migraciones.

Mármora distingue y caracteriza tres tipos de actores sociales: El Estado, los grupos de presión y la opinión pública. El Estado tiene como responsabilidad de llevar la política migratoria, entendida como componente de las políticas públicas en su conjunto. Es hacia éste donde se dirigen las presiones directas o indirectas hacia determinada orientación de la política migratoria. El problema del Estado, expresado en la política migratoria como en otras esferas de acción, es la inorganicidad que lo caracteriza. El Estado no puede ser visualizado en un conjunto homogéneo. Mármora da cuenta de las visiones sectorialistas que pueden llevar a posiciones contradictorias entre sí, entre ellas, distingue las relacionadas con las relaciones exteriores, interior (donde se inserta la cuestión de la seguridad) y las visiones desde las carteras de trabajo, salud y educación.

Durante la década de los '90, el Estado guardó, sin embargo, cierta homogeneidad discursiva en lo que refiere a la negatividad de las migraciones limítrofes. El titular de la Cancillería (cartera que en general suele tener una posición más comprensiva de las migraciones y los migrantes) hipotetizaba sobre la futura conformación poblacional de la Argentina “en el 2020 el 20% de la población será boliviana o paraguaya” y respecto de estos “no queremos estar con gente desagradable” (Grimson, 2006:82). Funcionarios de la Dirección Nacional de Migraciones hablaban de la existencia de 4 millones de migrantes limítrofes (Pazos, 2000). El cambio de orientación política (y de actitud hacia las migraciones) operados a partir de la presidencia de Kirchner no se tradujo en un sinceramiento de cifras. Si bien el migrante no es caracterizado como invasor y delincuente, los funcionarios informan a la prensa que el plan de regularización migratoria apunta a la existencia de 750.000 migrantes limítrofes en situación irregular (Gutman, 2006) -“ilegales” en la jerga política y periodística-, de los cuales estimaban entre 500.000 y 700.000 eran bolivianos y entre 200.000 y 400.000 eran paraguayos (Río Negro, 2006). La intencionalidad política del plan de regularización (y la sanción de la nueva ley migratoria) reflejan la intención aperturista del gobierno. Sin embargo, son cifras que carecen de rigor y parecen ancladas en los discursos cuya fundamentación son sedimentos de discursos anteriores (orientados bajo otra concepción política).

Entre los grupos de presión, Mármora menciona a los sindicatos, grupos empresarios, partidos políticos, la iglesia y las colectividades.

Los sindicatos han tenido un rol importante en la instalación del discurso xenofóbico, particularmente el sindicato de los obreros de la construcción (UOCRA) aplicó una campaña pública (en 1993) que denostaba a los migrantes como competidores desleales que quitaban

puestos de trabajo a los nativos. En 1998, el mismo sindicato marchaba por la seguridad en las obras, vociferando contra los extranjeros “culpables de que cada vez ganemos menos” (Grimson, 2006:83). Esta posición se enmarca en una actitud general de los sindicatos en otros países, los cuales particularmente en épocas de crisis reclaman por medidas proteccionistas (Mármora). Los empresarios, por su parte, no se exhiben públicamente en este tema. Son los ganadores de una situación de disposición de flujos de trabajadores que aceptan condiciones y remuneraciones inferiores a los nativos, ya que la vulnerabilidad de los migrantes acota sus posibilidades de inserción laboral. Por su parte, los partidos políticos no han tenido a la migración como eje discursivo (a la manera de Le Pen en Francia o la Liga del Norte en Italia), si bien han participado en el parlamento, tanto en iniciativas restrictivas como pluralistas dependiendo la coyuntura.

La iglesia ejerce su mandato de protección al migrante, disponiendo de parte de su estructura y órdenes a la atención de este, invocando su misión universalista con el mundo católico. En el caso argentino, mantiene un vínculo fluido con investigadores y legisladores, apoyando iniciativas pluralistas y en defensa de los derechos de los migrantes; aunque se ha mantenido al margen de la discusión pública.

El rol de las colectividades es central en este abordaje, ya que expresa a través de sus líderes e instituciones los ejes problemáticos que estos pretenden instalar en la agenda pública. En los últimos años se ha observado una profusión de nuevas organizaciones de primer y segundo grado (Grimson) y han ganado un mayor reconocimiento como interlocutores. Tal como indica Mármora (2002:60-61), la manera en que estas se presenten condicionará la forma en que tome la imagen de la colectividad tanto hacia sí mismas como hacia la sociedad en términos globales. La lucha contra la discriminación forma parte constitutiva de los discursos, cuya contracara es el cierre hacia sí mismas y la reproducción de las características de inferioridad con que los cataloga la sociedad. El discurso esgrimido procura darse importancia como presencia y apela al argumento cuantitativo, magnificando las cifras al igual que los funcionarios detractores, no detractores, y como las del periodismo chauvinista: “1 millón de bolivianos y casi dos millones contando a sus descendientes” (Niebieskikwiat, 2006). Es importante señalar el detalle de la inclusión de los hijos (y descendientes en general) dentro de la “comunidad”, elemento que se repite en cada acto comunitario. Estos son contabilizados cuando se habla de la colectividad extranjera, por más que posean la ciudadanía argentina por nacimiento. La reiteración del argumento cuantitativo emerge con un elemento clave en la ganancia de visibilización y en el posicionamiento como interlocutores hacia los estados locales y el estado nacional. A pesar de las divergencias entre las colectividades y sus representaciones diplomáticas, los funcionarios de embajadas y funcionarios apelan también a la importancia cuantitativa de los residentes (Clarín, 2006) como factor de presión ante la Cancillería argentina.

Por último, Mármora incluye a la opinión pública en tanto escenario crucial en la percepción del hecho migratorio, distinguiendo a los medios de comunicación como el análisis de la opinión. Respecto de los primeros, divide las estrategias comunicativas que responden a intereses sectoriales (representando posiciones principistas) y por otra parte la búsqueda de la noticia de alto impacto. Los intereses sectoriales se expresan en la editorialización de los medios, utilizando la argumentación que acentúa los beneficios o la negatividad de la migración. La búsqueda de noticias no pone el eje en la línea editorial, sino que busca un rédito de acuerdo a los cánones de búsqueda de audiencia, que puede incluir tanto un hecho delictivo por parte de un extranjero como una “nota de color” que exalte los valores del multiculturalismo. Por su parte, el análisis de la opinión puede incluir tanto el sondeo al azar de la opinión de personas “en la calle” como la exhibición de resultados

provenientes de encuestas donde se indague la opinión sobre aspectos relativos a las migraciones y los migrantes. Mármore advierte sobre la perversidad de este tipo de herramientas al ser tomadas por sectores políticos como modo de ganar popularidad respondiendo a presuntas “imágenes” que “la gente” tiene sobre el tema migratorio.

A través de los recortes citados, se pueden representar distintos modos periodísticos de tratar el tema que confluyen en un mismo denominador que es la magnificación de las cifras. Tanto en la manipulación deliberada (Pazos) como en la repetición acrítica (en cuanto a rigor periodístico) de las cifras que expresan funcionarios, diplomáticos como dirigentes de las colectividades (Clarín, Gutman, Niebieskikwiat, Peralta, Río Negro).

Conclusiones

Si bien los antecedentes que este abordaje cita dan cuenta de la amplitud poblacional que contiene a los términos “boliviano/bolita” y “paraguayo/paragua” (Grimson, Margulis, Margulis y Belvedere, Szulik y Valiente), no se han detenido en la paradójal inflación poblacional que pregonan quienes se suponen están en las antípodas discursivas (incluyendo a la “neutralidad” y “objetividad” de los medios).

En una dinámica perversa, sectores políticos se valen de la construcción negativa de la extranjería limítrofe para hacer de los migrantes el chivo expiatorio de una política económica excluyente, cuyos argumentos son defendidos y amplificados (o al menos repetidos) por medios de comunicación, retroalimentando el imaginario invasivo de la sociedad acuciada por las crisis económicas cíclicas; y -como elemento catalizador- las mismas colectividades retroalimentan las cifras imaginarias en un intento de fortalecer políticamente sus intereses a través del volumen poblacional. Cifras (imaginarias) repetidas -y nunca refrendadas por censos, encuestas, registros, amnistías, etc- son instaladas y no se discuten. Bajo este esquema no existe sujeto político interesado en el tratamiento crítico de las mismas. Si bien las colectividades pueden argumentar sobre la poca incidencia que pueden tener en los problemas del mercado de trabajo, dado su escaso volumen, esa línea discursiva chocaría primeramente con el sentido de pertenencia cultural que incluye a sus descendientes argentinos entre los propios, como también (en sus lecturas) diluiría su capacidad de negociación en la interlocución con el Estado.

Las mismas cifras, no discutidas en su condición de objetividad (en lo que refiere a su definición nominal, la distinción de nativos y extranjeros) son utilizadas como base empírica de la elaboración de políticas migratorias, las más de las veces de tipo restrictivas¹⁰.

El tratamiento de la migración como problema social interpela, como en gran parte de las discusiones públicas, el rol de las ciencias sociales. En cuanto a este tópico en particular cabe destacar dos momentos-acciones; cuando se instala la vinculación de la inmigración como factor desencadenante del desempleo, donde se generaron estudios que desmienten taxativamente tal asociación (Maguid, 1995), y más recientemente en la intervención de investigadores en el proceso de sanción de la nueva ley migratoria (Novick y otros, 2005). Más allá de esporádicos y marginales columnas de opinión de académicos, la posición de estos no se hace pública y no se interviene en las discusiones. La batalla simbólica por la significación de los hechos y las problematizaciones encuentran una intelectualidad muda, enclaustrada y derrotada de antemano. El Ojo de Sauron¹¹ de la agenda mediática se posa sobre los migraciones y los migrantes, reproduciendo los códigos de rechazo de la otredad y alentando mentalidades defensivas que terminan conformando la base argumental de la xenofobia que caracteriza los discursos de buena parte de la sociedad. Los conceptos de

construcción de la otredad, racialismo, clase, opresión y revelación de intereses tienen nula cabida en la discusión pública; los discursos dominantes están signados de lugares y sentidos comunes creados y recreados a partir de una historia incómoda y no asumida.

Bibliografía

- Campra, R (1987) *América Latina: La identidad y la máscara*. México: Siglo XXI.
- Clarín (2006) “Acuerdan regularizar a inmigrantes”. *Clarín* (12/4/2006). Buenos Aires: Clarín.
- Balán, J (1985) *Las migraciones internacionales en el cono sur*. Buenos Aires: CEDES.
- Buchrucker, C (1999) *Nacionalismo y peronismo. La Argentina en la crisis ideológica mundial (1927-1955)*. Buenos Aires: Editorial sudamericana.
- Grimson, A (2006) “Nuevas xenofobias, nuevas políticas étnicas en la Argentina”. En Grimson, A y Jelin, E (Comp.) *Migraciones regionales hacia la Argentina. Diferencia, desigualdad y derechos*. Buenos Aires: Prometeo.
- Gutman, D (2006) “Arranca un plan para legalizar a más de 750 mil extranjeros”. *Clarín* (17/4/2006). Buenos Aires: Clarín.
- INDEC (1997) *La migración internacional en la Argentina: sus características e impacto*. Buenos Aires: Instituto Nacional de Estadística y Censos.
- Lenoir, R (1993) “Objeto sociológico y problema social”. En Champagne, P; Lenoir, R y otros, *Iniciación a la práctica sociológica*. México: Siglo XXI Editores.
- Maguid, A (1995) “Migrantes limítrofes en la Argentina: su inserción e impacto en el mercado de trabajo”. En *Estudios del trabajo N°10*. Buenos Aires: Aset.
- Maguid, A y Arruñada, V (2005) “El impacto de la crisis en la inmigración limítrofe y del Perú hacia el Área Metropolitana de Buenos Aires”. En *Estudios del trabajo N°30*. Buenos Aires: Aset.
- Margulis, M (1998) “La racialización de las relaciones de clase”. En Margulis, M y Urresti, M (Eds.) *La segregación negada. Cultura y discriminación social*. Buenos Aires: Biblos.
- Margulis, M y Belvedere, C (1998) “La racialización de las relaciones de clase en Buenos Aires: Genealogía de la discriminación”. En Margulis, M y Urresti, M (Eds.) *La segregación negada. Cultura y discriminación social*. Buenos Aires: Biblos.
- Mármora, L (2002) *Las políticas de migraciones internacionales*. Buenos Aires: OIM-Paidós.
- Niebieskikwiat, N (2006) “Facilitan trámites a bolivianos en el país sin documentos”. *Clarín* (20/5/2006). Buenos Aires: Clarín.
- Novick, S; Hener, A y Dalle, P (2005) *El proceso de integración Mercosur: de las políticas migratorias y de seguridad a las trayectorias de los inmigrantes. IIGG Documentos de trabajo N°46*. Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.
- Pazos, L (2000) “Invasión silenciosa”. *La primera de la semana. Año N°3*. Buenos Aires: Grupo H SA.
- Peralta, E (2006) “Bolivianos en la Argentina: cómo viven este momento histórico de su país”. *Clarín* (22/1/2006). Buenos Aires: Clarín.
- Río Negro (2006) “Lanzan plan de regularización de inmigrantes ilegales”. Río Negro (18/4/2006). General Roca: Río Negro SA.
- Szulik, D y Valiente, E (1998) “El rechazo a los trabajadores inmigrantes de países vecinos en la ciudad de Buenos Aires. Aproximaciones para su interpretación”. En Margulis, M y Urresti, M (Eds.) *La segregación negada. Cultura y discriminación social*. Buenos Aires: Biblos.

¹ Se resumen las cifras dadas a conocer en diferentes medios en los últimos años (mayormente corresponden al momento del lanzamiento del plan de regularización migratoria “Patria Grande”, en el año 2006): Clarín (2006), Gutman (2006), Niebieskikwiat (2006), Pazos (2000), Peralta (2006), Río Negro (2006).

² Dentro del campo de los estudiosos de la población se tiene en cuenta que el censo tiende a subestimar los stocks migratorios. Sin embargo, vale tener en cuenta la dinámica histórica de la inmigración limítrofe en el país. Desde los inicios de la historia censal moderna, en 1869, hasta la fecha los migrantes limítrofes representaron entre el 2 y el 3 por ciento de la población total.

³ La operación simbólica de la construcción identitaria a partir de la dñada origen nacional-oficio no sólo será expresión del lugar que dispone la estructura social a grupos minoritarios, sino que los mismos grupos la retomarán para afianzar sus posiciones en nichos de inserción económica.

⁴ En términos de Margulis y Belvedere (1998:100) “en el imaginario de los ideólogos de la inmigración, se buscaba hacer inmigrar no sólo personas y familias también costumbres y valores civilizatorios, que son inherentemente ciudadanos”.

⁵ Vale la pena recorrer las caracterizaciones y las disputas de sentido que operan en el campo de la literatura latinoamericana sobre las figuras del migrante y del indio (ver Campa, 1987).

⁶ Sobre la similitud de inserciones laborales y demográficas entre migrantes limítrofes e internos, se sugiere la lectura de INDEC (1997).

⁷ En aquella coyuntura hubo desarrollos académicos que desmintieron científicamente la incidencia del aumento del desempleo por la participación de los migrantes en el mercado de trabajo (Maguid, 1995). Sin embargo, la internalización de estos resultados en el debate público difícilmente haya podido contrarrestar los efectos de la discursividad oficial.

⁸ Se aclara que la tesis sobre migración y desempleo seguía presente en los discursos.

⁹ Si bien las magnitudes tienen grandes diferencias entre sí, todas confluyen en una sobrerrepresentación del fenómeno.

¹⁰ La utilización de cifras magnificadas como argumento que sostiene el plan de regularización Patria Grande demuestra, sin embargo, que no necesariamente desemboquen en normativas excluyentes. Aún así, sería necesario tener en cuenta en el análisis el impacto social de las cifras de extranjeros en condición “ilegal” residiendo en el país.

¹¹ Refiere a una figura mitológica del mundo literario de Tolkien, llevada a la expresión cinematográfica en la trilogía “El señor de los anillos”.